

El estilo de dos historiadores

José CEPEDA ADÁN

Hace ya años, bastantes años en verdad, que tres jóvenes nos acercábamos a don Cayetano Alcázar con el deseo de trabajar a su lado, atraídos por su profunda humanidad que habíamos comprobado en las aulas de la Universidad. Era el ansia de los que empezaban porque alguien les comprendiera, les animara y les guiara. Buscábamos en principio su bondad, pero pronto descubrimos que bajo el aire sencillo, cordial, ajeno a toda pedantería de aquel hombre, se ocultaba un maestro que sabía muchísimas cosas —ese siglo XVIII que dominaba en sus más profundos rincones—, aunque procuraba disimularlas e iba degranándolas generosamente ante quienes querían oírle, sin asomo de cicatería intelectual. A su lado aprendimos mucho, pero tal vez la mejor lección que nos dio fue el amor a la universidad y el saber entregarse a ella sin reservas. Esos jóvenes de entonces éramos Vicente Palacio Atard, José María Jover Zamora y el que escribe estas líneas, jubilados hoy de la Universidad española.

Cada uno de nosotros eligió una senda distinta por el campo de la historia moderna según sus preferencias. En el caso que hoy nos ocupa, Palacio se fue al Siglo de la Ilustración y Jover al Barroco del siglo XVII, donde pronto se instituyeron en especialistas y maestros. Y de tal manera penetraron en la hondura de la época que estudiaban que ésta se les metió muy dentro hasta imprimirles su sello como historiadores. El oficio hace al hombre y el tema crea el estilo, como se demuestra en el caso que tratamos. Desde sus comienzos y para siempre, Palacio se mueve y escribe en el modo de la Ilustración y Jover en el barroco, y no importa que luego los dos dejaran aquellos horizontes de su juventud para pasarse a la historia contemporánea, en la que, igualmente, han dado obras magistrales, pero, y esto es lo curioso, sin perder por ello su marchamo y sello original. En estas nuevas páginas dedicadas a los siglos XIX y XX están de cuerpo entero el Vicente Palacio de *Los españoles de la Ilustración* y el José María Jover de *1636. Historia de una polémica...* No pueden remediarlo.

Digamos de entrada que los dos, como ocurre frecuentemente en el campo de nuestras letras desde hace siglos, son un ejemplo de españoles periféricos —vasco, uno; murciano, el otro— que escriben un excelente español, dominando todos sus recursos, fluido y perfectamente adecuado a la materia de que tratan. Tienen una perfecta prosa de historiadores, pero con marcada personalidad en cada uno de ellos que trasluce su originaria formación. Dejemos de lado su probidad científica, su impecable metodología para apoyar sus ideas en bases sólidamente ciertas a fin de frenar la peligrosa imaginación, su escrupuloso cuidado por la cita bibliográfica o documental. Todo esto no es del caso aquí pues de lo que se trata ahora es de acercarnos a su manera de escribir la historia, a su prosa, a su forma de abordar y concatenar los hechos; a su expresión, en fin. Ver lo que cada uno tiene de personal y distinto y por lo que se les conoce y valora.

Preparado metódicamente el desarrollo de un hecho histórico y en posesión de todos los factores que lo originaron, cada uno de ellos está dominado por una obsesión que se aprecia desde los primeros párrafos de sus escritos: claridad en uno, inquietud y desasosiego en el otro; racionalidad dieciochesca en Palacio, tensión barroca en Jover. Dijéramos que el uno, Palacio, cristaliza cerradamente sus conclusiones para volver luego sobre ellas, mientras el otro, Jover, planea sobre las ideas, revolotea sobre ellas como si temiera que se le escapara alguna arista del arriscado problema que tiene entre manos. Veamos dos ejemplos, elegidos al azar, de sus primeros trabajos y referidos en cada caso a personajes de nuestra historia. El joven doctor Palacio Atard en 1945 tiene que enfrentarse con el polémico tema del significado del *Tercer Pacto de Familia* y la postura del monarca español en el momento de la firma y tras un análisis cuidadoso de las fuentes, expone en párrafos claros, casi como definiciones, su propia conclusión. «Ningún negocio político ha sido peor interpretado, por regla general, que el Tercer Pacto de Familia, y nadie como Carlos III ha pagado las consecuencias. Escritores españoles y extranjeros, desde el reflexivo erudito al comentarista vulgarizador, coinciden en creer en un mismo artículo de fe... Si leemos a los escritores clásicos nos dirán, o poco menos, que Carlos III se decidió inmediatamente por la guerra contra Gran Bretaña, seducido por afectos familiares, sin reparar exactamente en el verdadero interés nacional. Hicieron mucho caso de un contemporáneo que no tenía porqué conocer demasiado a fondo el pensamiento del Rey (el conde de Fernán Núñez), y no excavaron, en cambio, en la mina donde se guardan los misterios de la política pasada. Nos referirán también el odio personal contra los ingleses que tan desafortadamente abrazaba las entrañas de nuestro monarca. Y, sin embargo, nosotros sabemos que no hubo tal... Pero a través de la primera parte de este trabajo, y en lo que resta de la obra, quedará definido más que nunca el pensamiento de Carlos, fruto muy distinto del capricho, del ligero examen o de la falta de previsión. No se ofuscó la mente del soberano por la *idea borbónica*, ni su reinado se sintetiza, por lo que a las relaciones internacionales se refiere, en dos palabras: «influencia francesa»... En el momento que nos ocupa, Carlos III pro-

cedió desde luego siguiendo la eminente norma política conservadora que se había trazado... Y sigue luego el razonamiento sobre el que se basa su obra *El Tercer Pacto de Familia*.

José María Jover para empezar su carrera de historiador aborda, nada más y nada menos, que esa apasionante cuestión de la llama que arde en el alma de los hombres barrocos, intentando aprehender a algunas de las figuras más significativas, como aquel Cardenal Infante don Fernando que venición en Nördlingen «En este rápido desfile de personajes —escribe—, la escena se ilumina de repente con una más intensa luz. ¿Un figurón de opereta, enquincallado por la palabrería huera de la anónima *Declaración de don Felipe IV*? No, un auténtico capitán. Don Fernando de Austria, Cardenal de Roma e Infante de España. Matías de Novoa había añorado. Saavedra Fajardo había de añorar los tiempos pasados; tiempos de capitanes, de héroes, de hombres excepcionales... Es, sin duda alguna, Francisco Mateu el miembro de nuestra falange de escritores más fecundo en esperanzas cimentadas en el Infante Cardenal. Pensando en una futura campaña contra los musulmanes —eterno ensueño español, mientras se combate, apremiado por la defensiva, contra herejes y franceses—, Francisco Mateu llegará a afirmar «que lo que ahora Francia experimenta deste Fernando, son ensayos juveniles para empresas más gloriosas. En 1635, esta devoción se manifiesta frecuentemente en la delectación con que se refieren las hazañas del joven caudillo... El caso de Novoa es análogo. También él —lo sabemos— siente la nostalgia de un pasado mejor en que el premio iba al capitán y no al cortesano. También aquí hace falta valorar cumplidamente sus palabras, cuando llama a don Fernando «el mejor y más verdadero hermano, y el más interesado en la mejora de estos reinos». Conforme pasan los años, se acrece el mito, ya gigante cuando la gran esperanza española se malogra... Vástago egregio de la estirpe de los Austrias, romano por su cardenalato y español por su infantazgo, don Fernando fue, parodiando una frase famosa, el genio del *nomos* defendido por España, el genio de la paz austríaca a caballo». Así escribía Jover en 1949 en su libro *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, una obra sobre el Barroco con sabor barroco.

Conviene al llegar aquí indicar, muy claramente, que en estas páginas no se cuestiona en ningún momento el valor intrínseco y extraordinario de cada uno de estos dos historiadores ni cuantificar ni cualificar sus aportaciones a nuestra ciencia, que se valoran por sí mismas, sino únicamente intentar señalar por alguien que estuvo siempre muy cerca de ellos algunos rasgos de su manera de hacer historia, para concluir, después de recordar algunos ejemplos, que nos encontramos ante dos maestros que supieron unir en sus páginas ciencia y arte de escribir, lo que frecuentemente se olvida en nuestro oficio.

Pasa el tiempo y los dos historiadores amigos se entregan a nuevos empeños en los que a veces podemos encontrar coincidencias en el asunto tratado que permiten la comparación de estilos. En 1948 publica Palacio la primera edición de su *Derrota, agotamiento, decadencia, en la España del siglo XVII*

—reparemos en lo cerrado y rotundo del título que no deja escapatoria alguna— en el que, no obstante estar dedicado fundamentalmente al seiscientos, en los antecedentes se refiere a momentos anteriores de nuestra historia, como es el caso del reinado del Emperador Carlos, que resume en su trayectoria final apretadamente, como es su manera. «Carlos V creyó que, bajo la égida del Pontificado y el Imperio, se lograría mantener pacíficamente unida la Cristiandad. Él, como Emperador, y asistido por la fuerza que le daban sus reinos de España, asumía la tarea de defender la fe. Después de la paz de Cambrai pareció llegado el momento de realizar esa política de unidad cristiana y defensa de la fe. De los dos obstáculos que se oponían, uno de ellos —Francia— quedaba retraído, y el otro —Clemente VII— se disponía a su colaboración. Durante estos años Carlos se dedicó con empeño constante a la tarea en su doble aspecto, interior —esfuerzo para la reducción de los protestantes...— y exterior —campana contra los turcos en el Danubio y en Túnez—. En 1536 propone Carlos V al Papa Paulo III ...una Liga que integran perpetuamente por el Pontífice, el Emperador y el sucesor imperial, debería encargarse de resolver, por actuación conjunta, todos los problemas políticos o religiosos de la Cristiandad. Para entonces el César Carlos se ha transformado, de aquel joven borgoñón de 1517, en el caballero español que pronuncia el famoso discurso de Roma en castellano».

Para Jover, en cambio, la situación no aparece tan clara y hay que plantearse muchas preguntas en torno a su política imperial, lo que hace en su *Carlos V y los españoles*, aparecido en 1963. «Ante el historiador surge toda una serie de preguntas, cuyas respuestas están llamadas a delimitar exactamente el contenido real de la política exterior de España en tiempo de Carlos V. ¿En qué medida prosiguen o son truncadas bajo Carlos I líneas de política exterior arraigadas en la realidad geográfica y social de los reinos peninsulares? ¿Qué conexión hay entre los intereses y las ideas de los estamentos que componen los Reinos, y las empresas del Emperador? ¿En qué medida coadyuvan aquellos, tanto militar como económicamente, a la política mundial de este último? ¿En qué medida y siguiendo qué caminos van a influir las experiencias del reinado en la conciencia nacional de los estamentos y de los grupos sociales que integraban por entonces el pueblo español?... Como se ve, las cuestiones planteadas por una historia de la política exterior de España... no son simples ni de respuesta fácil». A la tarea de desentrañarlas dedica las páginas de este libro lleno de interrogantes y preocupaciones.

El planteamiento de los problemas es muy distinto en uno y en otro. Palacio parte casi siempre de una afirmación, original y novedosa, que luego va paso a paso demostrando con la contraposición de las distintas fuentes que son precisas. En Jover, por el contrario, hay que seguir su razonamiento cuidadoso, lleno de llamadas de atención para que no se escapen circunstancias o situaciones que puedan modificar la esencia del acontecimiento, hasta que, tras este caminar entre cuidados e inquietudes, llegamos a la conclusión del autor, llena de interés y novedad. Palacio nos conduce tranquilo por su prosa, sin sobresaltos, mientras Jover nos tiene en vilo en la espera de la sorpre-

sa. En el fondo, el sosiego equilibrado de la Ilustración y el desasosiego agitado del Barroco que uno y otro llevan dentro.

El contenido de nuestra historia contemporánea, al que ambos se vieron llamados por exigencia de su titulación de catedráticos de esta asignatura —repárese en esa fidelidad permanente a su papel de profesores— es, en su tratamiento, muy diferente del que procedían y al que se entregaron con la misma asiduidad que antes, y lo que nos importa a nosotros, con el mismo estilo porque ya eran como eran cuando llegaron a este campo de la investigación y poco podían cambiar. Veamos una muestra al tratar de nuestra política exterior en la Restauración. Palacio centra la cuestión en Cánovas y lo sintetiza así (*La cuestión de las Islas Carolinas. Un conflicto entre España y la Alemania bismarckiana*). «Cánovas del Castillo tenía criterios muy claros y muy firmes, como todos los suyos, en cuanto a las conveniencias españolas y la conducta a seguir en el orden internacional. Estaba convencido de que la política de gran potencia no se mendiga; se sostiene con el propio poder. La política de gran potencia es, pues, un lujo de los poderosos y, no siendo España poderosa, no cabía dentro de sus posibilidades el practicarla. Este convencimiento, tan acorde con el realismo político que presidía todas las acciones del «hombre fuerte» de la Restauración, no siempre era bien comprendido, ni siempre compartido por algunos de los figurantes que rigieron la política exterior española durante el siglo XIX». A continuación explica concretamente en sus circunstancias esta política en el caso que estudia. Jover, antes de llegar a esta posición canovista tiene que plantearse la atmósfera ambiental en que se movía el político. «La corriente ideológica que queda aludida (*Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX*), impregnada de un vivo pesimismo, culminará en los lustros que marcan la transición del XIX al XX; los españoles olvidamos a veces que nuestra crisis nacional de 1898 no es más que la versión española de un semejante sentimiento que estremecerá a los portugueses el 1890... a los italianos en 1896... a franceses y españoles en 1898... En cuanto a España afecta, el «pesimismo» nacional no data ciertamente del 98; está presente en la obra historiográfica del mismo Cánovas del Castillo... El *pesimismo* constituye, pues, el más profundo hecho de psicología colectiva, desde el cual cabe explicar el comportamiento exterior de la España del último cuarto de siglo... pesimismo y orgullo nacional... ambos sentimientos se amalgaman, determinando ...el sentido de las reacciones colectivas a que llaman «opinión pública» los dirigentes de la política exterior de España durante la Restauración... El complejo talante colectivo que queda esbozado va a encarar directamente dos problemas de fondo de nuestra política exterior. España «no debe» comprometerse en alianzas con grandes potencias extranjeras, capaces de obligar al país a intervenir en problemas extraños; España «no debe» abandonar ni una pulgada de territorio sobre la cual ejerza derechos de soberanía». Estamos así en el mismo punto por caminos distintos.

Muchos más ejemplos podrían sacarse de la extensa obra de estos historiadores, que partieron de los mismos orígenes y terminaron su tarea univer-

sitaria por jubilación en la misma fecha. Baste con lo apuntado para una aproximación a un aspecto que generalmente se olvida al tratar de la investigación histórica: la forma en que se presenta, el ropaje formal con que se ofrecen las ideas, la belleza de la prosa cuando existe, que no empece en absoluto a la exigencia de verdad. Ciertamente y sin pasión de amigo, Vicente Palacio y José María Jover saben hacer una historia viva, apasionante muchas veces, escrita en una prosa muy personal en cada uno de ellos, que prende en el lector desde el primer instante para no decaer en interés por muchas veces que se lea.